

tragos, sin mujer, sin nada... sólo trabajo de sol a sol. ¿Sol?

—Pero, ¿qué es esa luz que más nos ilumina? ¿Es el sol? ¿Ya amaneció? ¡Chuzo, tengo que ir pa'mi casa, mi mujer me'stá esperando! Ella comprenderá, piensa; debo llevarle algún regalito... ¡Qué bien que es sábado; podré descansar del estropeo que deja otro campamento!

Entre tanto, en su casa, su mujer no ha dormido; ha pasado la noche de un lado para otro, mientras tomaba varias tazas de té una tras otra.

—Esta vez me las pagará, repetía para sí misma.

A medida que pasaban las horas se sentía más furiosa; en algún momento pasó por su mente la duda de que algo malo le habría ocurrido a Joaquín pero, de inmediato descartó tan fatídica idea. Mala hierba nunca muere, se decía; seguro está chupando con sus amigotes. La tetera, de varios litros, permanecía sobre la estufa, llena de agua caliente. Ella se entretenía reponiendo el agua consumida en cada té. Perdió la cuenta de la cantidad de tazas que había bebido; sólo era conciente de rellenar la tetera para compartir el té si fuera el caso.

Joaquín tarareaba la última canción escuchada y bailada; llevaba mucho alcohol recorriendo las venas cuando entró en su casa, confiado. ¡Qué bien, es sábado, podré dormir hasta tarde!, le parece recordar aquellos pensamientos antes que se le borrara la cinta, los registros. Lo último que persiste en su mente, de aquella madrugada en casa es un dolor ardiente por todo su abdomen y un asqueroso olor a pelo, cuero y carne quemados.

---

MARILYN DIÉGUEZ PINTO. Doctora en Ciencias (Ecología) por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Obras: **POEMAS QUE PARECEN AMOR... AMOR QUE PARECE POEMA** (2003); **AROMA DE ROSAS Y ALMENDRAS** (2005); **ENTRE LA MAGIA PERDIDA Y LA REALIDAD MÁGICA** (2007); **VASOS COMUNICANTES** (2007); **AMOR EN LA DESESPERANZA** (2007).

# Miedo en el corazón

POR PEDRO CRENES CASTRO

Panameño residente en Madrid

¡No te asomes que da miedo!

Mamá me lo advirtió justo cuando solté su mano, nada más entrar, y mi corazón estallaba de alegría al estar por fin allí, en La Gran Feria de Panamá. Fuimos caminando desde la casa de mi abuela Carmen, a la que acabábamos de mudarnos, y ella estaba en el balcón despidiéndonos, tengan cuidado, decía siempre, y allí en la Feria nos esperaban mi tía Gaby y mi primo Carlitos al que llamaba así por costumbre aunque fuese a cumplir trece. Yo quería ser como él, libre, rebelde y valiente. Sobre todo valiente.

Había de todo en aquella feria itinerante que la Coca-Cola estaba montando en todas las fiestas patronales de cierto nivel en Panamá y por fin, para los Carnavales, la trajeron a la Capital. Caballitos brillantes, "carros locos" que se chocaban unos contra otros mientras sus ocupantes se reían a carcajada limpia, la noria, desafiante y tentadora para amantes sedientos de besos románticos y manoseos aéreos, y la gran atracción de aquel año 78, "El huracán", a la que sólo podían montar los que tenían diez o más. Yo casi los tenía pero a mamá no le gustaban esos aparatos, no se fueran a soltar y tremendo susto, y menudo problema con tú papá, el muy sin vergüenza que se fue con la tipa esa y ¡que no!, me decía por el camino y de la mano y le dejé de insistir con lo de "El huracán" y llegamos a la feria y solté la mano de mamá y su advertencia me reveló el terror.

¡No te asomes que da miedo!

No me había dado cuenta de que estaba allí, agazapada como el dinosaurio para cuando me despertara de la fascinación de aquellas atracciones. Era una carpa pequeña y oscura, como esas de las películas de circos antiguos o ferias espeluznantes. Parecía no formar parte de la Gran Feria, estaba fuera de la luz del recinto y apenas un cartel triste y deprimido anunciaba el espectáculo: "La mutante enana: cabeza de mujer y cuerpo de rana".

Da mucho miedo.

Mamá me lo volvió repetir con un sustancial incremento del terror de la mano del adjetivo "mucho" al ver que la miraba con intriga y yo me detuve en seco, casi retrocedí como cuando uno llega al borde de un precipicio pero había cierta fascinación en esa carpa raída y sucia de tal vez cientos de grandes y pequeñas ferias, de vaivenes de viento, sol y lluvia: había algo atrayente que casi me arrastraba hasta ella. Por debajo de la carpa se escapaba una luz tenue y unas sombras deslizándose de un lado para otro revelaban que algo se movía, que algo estaba ocurriendo. Miré a mi mamá y pensé que exageraba, como le decía de vez en cuando mi papá cuando comenzaban a levantar la voz en la que fue nuestra casa hasta esa noche de sábado de Carnaval en la que nos fuimos a vivir con mi abuela Carmen.

Ven, te dije que da mucho miedo y luego no duermes.

Mamá quería protegerme, impedir que su niño adorado y único sufriera más de la cuenta, sobre todo después de que mi padre nos hubiera abandonado en plenos carnavales del 78. Se fue a vivir con una cajera del Supermercado Bahía donde hacíamos cada quincena la compra, una chica que se teñía de rubio y se pintarrajeaba como un Miró. Mamá estaba furiosa y decidió que cambiaríamos de supermercado para siempre a pesar de las ofertas de la pescadería que era muy buena y de que

el aceite de oliva español fuera con diferencia el más barato de la ciudad de Panamá.

Mamá no había dudado en rehacer su vida y, mientras encontrábamos un lugar donde vivirla, nos fuimos a Calidonia, a casa de mi abuela Carmen que además de cocinar muy rico era una mujer que sabía contar historias como nadie y nos dijo que nos fuéramos a la feria para comenzar con alegría la nueva vida, son los carnavales hija y el niño tiene que divertirse, le decía a mi mamá que se convenció rápido de las razones de mi abuela y que además le dijo que mi tía y mi primo andaban por allí.

—Te doy tres dólares y no te pierdas ¿okey? Busca a Carlitos.

Okey, contesté, cogí los tres dólares y me fui a buscar a mi primo Carlos, dejando atrás la carpa de la mutante con sus sombras de vida, que andaba por la zona de "El pulpo", una atracción que no estaba mal pero que era cosa para pequeños. Le encontré en la fila para subirse y me pretextó que se subía en esa no por miedo a "El huracán" sino por falta de plata. Le dije que éramos ricos, que teníamos tres dólares, y nos sentimos en ese momento los dueños de toda aquella feria incluso de la carpa tétrica y desenfocada de la entrada en donde la mutante enana seguro esperaba que alguien se asomara.

—¿Nos subimos a "El huracán"?

Mientras le miraba con cara de niño bueno, Carlitos me soltó una sarta de motivos, razones, excusas posibles, subterfugios ante un hipotético interrogatorio y hasta me asesoró sobre qué cara ponerle a mi mamá si se daba cuenta. Luego terminó su discurso con un échame a mí la culpa que tu mamá no me va ha hacer nada y eso fue suficiente para que, a cuenta de nuestra fortuna, nos montarnos en la atracción prohibida. Subí a mi celda de metal, de pie, me ataron el cinturón de seguridad, cerraron mi puerta y allí esta

yo en aquel gran círculo rojo de celdas una al lado de otra, dispuesto a dar vueltas y a que “El huracán” subiera y bajara como una moneda que da vueltas antes de posarse sobre el suelo rendida por tanto movimiento. Estaba exultante, lleno de vida, había subido y mamá no lo sabría nunca, era como Carlitos, libre, rebelde y ahora un mentiroso no arrepentido. Di vueltas y vueltas y todo se desvanecía por la velocidad y al llegar la atracción a lo más alto me sentí volar. Mi primo, en la celda de al lado, gritaba palabrotas para que se las llevara el viento o para dominar su miedo.

Carlitos y yo nos bajamos y comenzamos a caminar en busca de nuestras madres. Comentábamos la jugada, la locura de luces sucesivas, la realidad vista a velocidad de vértigo, el meneo de la atracción, los gritos de las muchachas y el tipo con cara de indio que se bajó todo meado del miedo, tremendo mariquita, “¿pa’ eso se sube?” y yo me reía como un verdadero hombrecito de casi diez años cuando en ese camino emprendido y mermada sensiblemente mi fortuna, Carlitos paró a unos metros del lugar del miedo.

—¿Nos asomamos a ver que hay en esa carpa?

“No te asomes que da miedo”.

Recordé lo que mamá me había dicho y lo puse al lado de la propuesta de Carlitos que siempre había sido un aventurero, tenía doce, y sabía mantener a raya a mi tía Gaby. Además ¿cómo sabía mi mamá que daba miedo? Lo mismo lo decía para protegerme demasiado, para hacerme sentir un niño pequeño. ¿Qué miedo puede dar una mujer con cuerpo de rana? Seguro que es una tontería, pensé, mientras mi primo esperaba una respuesta.

—¿Te da miedo?

Carlitos no se daba por vencido y no iba yo a quedar de gallina delante de mi único primo varón, que además era un bochincho y

que seguro terminaría yéndole con el cuento a mis primas y de allí a mi escuela y a todo el país. Tenía que asomarme, total unos segundos, seguro que no sería para tanto y que me daría cuenta del truco, papá me decía siempre que estuviera atento, que todo es puro cuento.

—¿Miedo yo?

Carlitos escuchó mi respuesta y emprendió la marcha decidida y valiente hacia la carpa tétrica y oscura de la enana mutante como si estuviera siendo atraído hacia ella por la melodía de un flautista de Hamelín del terror. Yo me fui también detrás de él como un ratón fascinado por la música de la curiosidad, por las pocas luces y el patetismo de barraca de circo monstruoso que envolvía a aquella carpa.

“No te asomes que da miedo”. Recordé otra vez.

Carlitos ya estaba asomado y parecía no darle miedo. Yo soy un hombretón, me lo decía mi papá, que no me lo amaricones, le decía a mi mamá y ella le contestaba a gritos que no permitiría que yo fuese como él. Comencé a escuchar mis pasos con claridad y poco a poco los latidos de mi corazón subían de volumen y el ruido de fondo, como en las películas, disminuía lentamente. Los latidos aumentaban, los oía, cada golpe, se hacían más audibles, ensordecedores...

—Asómate.

Carlitos tenía ya pintada en la cara una risita maliciosa y me dijo que mi mamá nunca lo sabría por su boca, te lo juro por mi vieja, me dijo, llevándose a la boca el índice y el pulgar cruzado y besándolos, lanzando ese beso de juramento al cielo, que por mí tu mamá no lo va a saber. Los latidos casi no me dejaban oír, Carlitos no conseguía frenarlos, hacer que se callaran, hacer que me dejaran.

“No te asomes que da miedo”.

Mamá exagera, seguro, y me dispuse a

levantar la cortina levemente, como hizo Carlitos con suficiencia valiente de héroe irreductible, para mirar adentro sin ser visto y confirmarme que mamá definitivamente es exagerada, que la vaina (lo pensé pero a mamá no le gustaba que dijera eso), no era para tanto como decía mi papá.

Me asomé y casi me caigo de espaldas.

Sobre una mesa, suspendida en el aire, a dos palmos, lo juro, estaba una cabeza de mujer que tenía los ojos cerrados. El pelo largo y negro caía casi hasta la mesa. Sintió que me moví y abrió los ojos como si la hubiera despertado de un sueño profundo y dijo, en un susurro que escuché perfectamente como llegaba hasta mis oídos por encima de los latidos de mi corazón, “¡qué haces!”. Retrocedí como quien quita la mano de encima del fuego.

– ¿Te dio medio?

Carlitos se empezó a reír, me señalaba y sabía que yo estaba aterrado, que no salí corriendo de milagro porque la piernas estaban paralizadas, me pesaban como dos fardos de piedra, estaban clavadas al suelo. Los latidos, sus golpes sordos como quien tiene escondido bajo la almohada un reloj de cuerda ponían música a mi miedo. Nos alejamos de allí como pudimos y le recordé a mi primo que no dijera nada, que lo había jurado por su vieja dando un beso a la cruz de dedos que había formado y que lo había lanzado al cielo. Caminamos y pasamos cerca de un puesto de manzanas caramelizadas, rojas, brillantes, dulces, necesarias para calmar el susto, azúcar para tranquilizarme de la visión de aquellos ojos negros abriéndose, de aquel susurro que me lamía los oídos, ¡qué haces!, y aumentaba con el solo recuerdo el volumen de mi corazón. Pedimos, pagué y volví a recordárselo al bocazas bochinchoso de mi primo: A mi mamá ni una palabra. Mientras nos comíamos las manzanas y localizábamos a nuestras

madres a las que encontramos por fin en un puesto de comida tomándose una cerveza y un ceviche.

– ¿Te asomaste?

Mamá me lo preguntó no sé por qué, escucharía los latidos de mi corazón que habían decidido dejarme sordo, y mi primo comenzó a reírse mirando para otro lado y mamá me lo volvió a preguntar. Te dije que daba miedo y casi me echo a llorar allí mismo pero me contuve y mi tía Gaby le reclamó a mi primo que por qué tenía que llevarme a ver cosas que dan miedo sabiendo que yo soy más chico. Me sentí humillado. Nuestras madres decidieron que nos íbamos ya y nos fuimos caminando juntos en la misma dirección, ellos a su casa y nosotros a la de la abuela Carmen que estaba a dos calles más allá de la de ellos para pasar nuestra primera noche con ella.

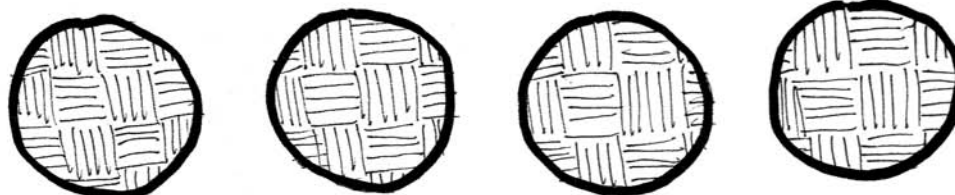
El apartamento de mi abuela, que por esas noches antes de nuestra nueva vida era nuestra casa, tenía una única habitación y dos camas. La suya y la que mi mamá y yo ocuparíamos mientras me compraban una para mí. ¿Eso significaba que nos íbamos a quedar a vivir con ella? Mientras caminaba junto a mi mamá me preguntó qué vi. Los latidos, el susurro, la mirada súbita de ojos negros, la cabeza suspendida en el aire. Lloré.

– Te dije que daba miedo ¿y ahora qué?

Estaba aterrado. En cada esquina del barrio oscuro de mi abuela, no había ni siquiera una farola, me asaltaba todo aquello y el corazón, delator e implacable, me torturaba con sus latidos. Subí con mamá de la mano las escaleras hasta la puerta de mi abuela. Por la espalda sentía que unos ojos se me clavaban, que un susurro se me acercaba, “¡qué haces!”, y se me ponía la piel de gallina. Al abrirnos la puerta, mi abuela Carmen me lo notó. Oiría, seguro, los latidos de mi corazón.

– ¿Qué te pasa?

Mamá me dijo que se lo contara a mi abue-



la y  
lo hice  
y ella me  
miraba raro  
pero con una ternura comprensiva  
que me animó a echar  
unas lagrimitas, ya de pura  
rabia, por no poder sacudirme  
de la retina las imágenes de aquella  
cabeza ni de los oídos el susurro  
de su voz de ultratumba. No dije nada  
de Carlitos para que mi abuela no lo regañara  
haciéndome sentir de nuevo humillantemente  
pequeño.

Las camas estaban listas y mamá anunció  
que se iba a lavar los dientes y teníamos que  
dormir ya, "que mañana tenemos que levantarnos  
temprano", no sabía para qué, sería domingo  
y supuse que tendría que ver con la nueva vida.  
"Apago la luz", dijo mamá y yo la miré aterrado  
y ocurrió lo que le dije cuando estábamos  
juntos en el baño ante el espejo y con los  
cepillos en las manos: cuando cierro los ojos  
veo la cabeza flotando que me mira. "Bien  
hecho por desobedecer", fue toda la respuesta  
de mi mamá ante mi terror y parecía estar  
disgustándose por dentro a fuego lento. Apagó  
la luz e intenté mantener los ojos abiertos,  
pensar en "El huracán" y en los carros locos  
pero nada, la cabeza flotante me miraba y su  
voz volvía. El corazón comenzó de nuevo su  
aceleración de pánico y se propuso amenizar  
mi desvelo de miedo. Intenté acercarme a mi  
mamá que me apartó diciéndome que hacía  
calor y que si tenía miedo tenía que haberlo

pen-  
sado  
antes.  
Todo eso en  
susurros: "te dije  
que daba miedo",  
sentenció y me sentí  
abandonado en la oscuridad  
con la cabeza de mujer  
mutante y su voz mortecina.

"Déjalo que se venga para acá".

Mi abuela Carmen había escuchado el diálogo en susurros y en medio de la oscuridad me hizo pasarme a su cama. El silencio era ya completo y a lo lejos aun se escuchaban los últimos rumores de la Feria. Mamá no le protestó a mi abuela y me fui con mi terror hasta su cama con el corazón latiendo con fuerza, creyendo que por el camino, apenas dos pasos, aquella cabeza aparecería para mirarme a la cara y decirme "¡qué haces!"

y la piel de gallina otra vez. Llegué hasta su cama, me acosté a su lado cerca de su pecho y ahora podía escuchar el corazón de mi abuela Carmen tranquilo, con una cadencia de paz y energía.

– ¿Lo oyes?

Le dije que sí.

–Entonces pon el tuyo al ritmo del mío, ¿okey?

¿Cómo sabía que el mío estaba acelerado? Comenzó a acariciarme el pelo, a decirme que cuando ella era más chica, si tenía miedo de algo, pensaba en la brisa meciendo las ramas de los árboles o en el sonido del río como el que ella visitaba los domingos cuando se iba de paseo. Mi abuela Carmen no susurraba parecían haberle bajado el volumen para que su voz no sonara extraña en medio de aquella madrugada de terrores que yo estaba viviendo. Mis ojos dejaron de resistir al sueño y mi corazón dejó de latir tan fuerte y su sonido ensordecedor fue cediendo a sus caricias, a su voz de río y de brisa. Me dormí escuchando los latidos del corazón de mi abuela que a la mañana siguiente cuando desperté, no estaba: se había levantado temprano para hacer el desayuno.

Mamá tampoco estaba en su cama. Por la ventana de la habitación se colaba con fuerza un rayo de sol que dejaba ver como las partículas de polvo bailaban en el aire. Aquella visión me dejó fascinado, hasta acerqué mi mano para palpar esa belleza simple, un prodigio sencillo que convertí en mi propia imagen de serenidad.

Las siguientes noches dormí con mi abuela pero por fin llegó mi cama, la cama que ocu-

paría durante muchos años hasta que me vine a Madrid para especializarme en cardiología porque al final, nuestra nueva vida, la vivimos allí en Calidonia con mi abuela Carmen.

Al acostarme, después de cerrar los ojos y ver la cabeza flotar y hablarme le decía que se marchara, que no quería verla más y aunque me asustaba un poco al principio, acto seguido, pensaba en el río o en la brisa de mi abuela y después pensaba en las partículas de polvo bailando en la luz, en cómo se movían, en cómo oscilaban y si pensaba muy detenidamente en ello, me parecía a veces que estaba buceando en la playa y me sentía libre y me dormía y noche a noche le gané la partida al miedo. Me enseñó mi abuela, esa noche de carnaval, de vida nueva recién estrenada, la manera de amansar miedos y olvidar monstruos para el resto de mi vida.

Muchos años después, en mis viajes de vuelta a Panamá, revisaba el corazón de mi mamá y por supuesto el de mi abuela. Cuando lo hacía ella volvía a recordarme con una sonrisa tierna el terror dibujado en mis ojos y la desesperación de aquella noche y la manera en la que me quedé dormido junto a ella. En lo que nunca nos pusimos de acuerdo fue en eso de que ella escuchó los latidos de mi corazón. Yo siempre creí que sí y aunque ella lo negaba quise estar convencido de que no quería reconocerlo por modestia. Decía que no se acordaba de esa parte del cuento.

---

PEDRO CRENES CASTRO (Panamá, 1972). Reside en Madrid desde 1990. Ha publicado cuentos y artículos en distintos medios de comunicación: *Revista Letras de fuego* y *Maga* (ambos de Panamá), en las revistas virtuales *Delibros*, *Revista de Letras*, *La Biblioteca Imaginaria*, *El placer de La lectura* (España) y *Resonancias* (Francia) y *El placer de La lectura*. Ha colaborado con los periódicos panameños *La Prensa* y el *Panamá América*. Ha participado en el taller literario "Entrelíneas" del escritor peruano Jorge Eduardo Benavides. Fue segundo finalista del III Certamen del Libro Deportivo Marca con la novela inédita **Los juegos de la memoria**. Redacta un blog [senderosretorcidos.blogspot.com](http://senderosretorcidos.blogspot.com) en el que habla de libros, cine, jazz y política.